
Martín, X. y López-Dóriga, M. (2022).

Entornos que capacitan. Intervención con adolescentes y jóvenes en riesgo de exclusión.

Barcelona, Narcea, 134 pp.

Investigar el trabajo educativo con personas en riesgo de exclusión no es fácil. No porque técnicamente tenga dificultades insalvables, sino porque no es sencillo obtener apoyos y recursos suficientes para llevar a cabo programas de investigación duraderos y productivos. Como no suele ser un tema prioritario en las convocatorias de ayudas, acaba por desincentivar a los equipos de investigación y dirigirlos hacia otras temáticas. Hago estos comentarios para dar el valor que merece a esta obra. No se trata de un trabajo aislado y circunstancial, sino de una nueva aportación realizada desde una línea de investigación que lidera Xus Martín hace más de quince años, y en la que también participa María López-Dóriga. Con anterioridad, sobre esta temática hemos podido leer obras como *Descarados* (Octaedro) y *Educarse es de valientes*, aportación colectiva que valió el Premio Marta Mata de Pedagogía 2017, (Rosa Sensat/Octaedro), y nada indica que este vaya a ser el último libro que nos llegue.

Entornos que capacitan es un libro que permite varios planos de análisis. El más evidente se refiere a sus protagonistas: adolescentes y jóvenes en riesgo de exclusión. Chicos y chicas que, “por lo que sea”, no funcionan en los centros

educativos convencionales, acaban la educación obligatoria fuera del instituto y luego quedan en muy malas condiciones para casi todo. Son jóvenes con sus capacidades bloqueadas, pero no porque sean incapaces, sino porque la vida les ha sometido a un estrés y a unas injusticias que no han podido sobrellevar. El libro trata de cómo trabajar educativamente con chicos y chicas que han tenido una pésima experiencia escolar y a quienes su familia tampoco ha podido darles la seguridad que necesitaban.

El segundo plano de análisis tiene que ver con la tesis del libro: para reconstruir las capacidades de estos jóvenes es necesario crear un entorno educativo que deshaga lo negativo que han adquirido y rehaga las competencias que les permitan vivir una vida mejor. En este punto surgen dos de los interrogantes a los cuales da respuesta el libro: ¿qué capacidades se deben desarrollar para alcanzar una vida buena? y ¿cómo se construye un entorno que capacite? Se proponen cinco capacidades: conocerse a sí mismo, establecer relaciones personales, sentirse miembro de un grupo, vincularse socialmente y, por último, formarse y emanciparse. En cuanto al segundo interrogante, para construir un entorno educativo que capacite se ofrece un conjunto de propuestas metodológicas pensadas para cada una de las capacidades. Prácticas que, bien escogidas y articuladas, crearán un entorno que ayudará a los jóvenes a desarrollar las capacidades que necesitan. Sin embargo, no nos entregan una receta cerrada de lo que debe ser un entorno educativo, sino que, para construir un buen entorno educativo, cada lector deberá escoger y articular, en función de sus posibilidades y de su realidad, algunas de las múltiples propuestas metodológicas que se presentan. En este sentido, es un libro que enriquecerá al lector y respetará su creatividad y su libertad profesional.

El tercer plano de análisis quizás no aparece tematizado de una manera explícita, al menos en este libro, y sí en cambio en las otras obras que hemos citado. Se trata de analizar lo que ocurre en un entorno dispuesto con voluntad educativa, habitado por jóvenes vulnerables y conducido por un equipo de educadoras y educadores. Aquí se da relevancia al papel de los equipos y las personas que ponen en marcha y conducen el dispositivo formativo. Una tarea que, reduciendo mucho sus dimensiones, no debe olvidar al menos tres funciones básicas: promover la participación de los jóvenes en las diferentes actividades y tareas, un reto docente esencial que ha de garantizar la progresiva adquisición de capacidades, algo siempre lento y laborioso; en segundo lugar, promover el apoyo mutuo entre iguales, de nuevo una tarea compleja, aunque de gran fuerza educativa y socializadora; y, en tercer lugar, construir una relación cálida y exigente con cada uno de los chicos y chicas, una condición esencial en el trabajo con jóvenes que demasiado a menudo han sufrido desprecio y olvido.

El cuarto plano tiene una parte de actitud personal y otra de opción metodológica. Ni este ni los libros anteriores hubieran sido posibles sin la complicidad de varias entidades educativas que trabajan para estos colectivos. Una complicidad que tiene que ver con la disposición a colaborar que siempre han exhibido estas entidades, pero también con la opción decidida de las autoras por salir del despacho y acercarse un día tras otro a esos espacios formativos y compartir horas de observación y a veces de colaboración. Humildad para aceptar que a menudo se innova más y mejor en esas situaciones reales que en la academia, y mucho trabajo para ir con frecuencia y para luego completar la tarea de observación con otras tantas horas de redacción de diarios, análisis de la información recogida y presentación escrita de lo observado para que pueda inspirar a los lectores. Este trabajo ha permitido a las autoras incluir en la obra múltiples narraciones que ilustran a la perfección el desarrollo de capacidades y la aplicación de propuestas metodológicas. Unas narraciones vivas, ricas, cálidas, que nos aproximan a la vida real de un centro de esta naturaleza y que nos inspiran en cómo proceder. Hablar de primera mano, haber visto y oído lo que explican, da calidad y veracidad al trabajo de las autoras.

El quinto plano debería ser una constante en la educación, aunque en el trabajo con colectivos vulnerables se convierte en una condición esencial que lo impregna todo: una mezcla de reconocimiento hacia los jóvenes, de esperanza en que podrán conducir sus vidas con autonomía hacia logros cada vez mejores y, por último, de un anhelo de justicia para que la vida les devuelva lo que en una primera vuelta les negó.

Estamos ante una obra muy recomendable para todos. Obviamente, primero para los profesionales de la educación social, pero mucho de lo que se dice en ella es transferible y aplicable al alumnado de secundaria. Si algo de lo aquí se propone entrase en nuestros institutos, quizás se reduciría el número de alumnos que no logran permanecer en su interior con provecho.

Josep M. Puig Rovira
Universidad de Barcelona